

## Domingo X del TO Ciclo B



9 de junio de 2024

Gn 3, 9-15

Sal 129

2Cor 4, 13-5, 1

Mc 3, 20-35

P. Eduardo Suanzes, msp

Nos dice el evangelio que Jesús tiene tanto éxito, por las cosas que dice y hace, que mucha gente lo sigue y se abarrota alrededor, de tal manera, que ni siquiera le dejan comer con tranquilidad. Ha despertado en la gente una esperanza y una nueva de concebir la relación con Dios del todo inaudita hasta el momento.

Pero los suyos, los de Nazaret no están tan contentos, es más, están seriamente preocupados, pues está poniendo a esa pequeña y tradicional ciudad, en el centro de las habladurías de la gente. No hay que entender «*los suyos*» de Jesús, de que habla el evangelio, con su familia física (José y María, para entendernos), sino los cercanos a él, sus parientes, los de Nazaret, su ciudad y cultura *madre*, tradicional donde las haya en Galilea, apegada a las costumbres del pasado, que no aprueban lo que Jesús está haciendo y dice.

Estos parientes piensan que está loco, «fuera de sí», porque es una insensatez lo que está proponiendo y haciendo. En el relato, los suyos, que simbolizan, como decimos, al viejo judaísmo ortodoxo («sus próximos»), quieren «hacerse cargo» de Jesús, es decir, quieren que él vuelva al redil de lo de siempre, a los viejos esquemas religiosos controladores. Que no destaque y que no haga que Nazaret destaque en nada: el honor está en juego y con el honor no se juega.

A esta «familia» se unen los maestros de la Ley «de Jerusalén», símbolo y centro del judaísmo oficial (Templo). Ambos grupos rechazan el ser de Jesús, su comensalía abierta a todos (no sólo para piadosos y justos). Y la acusación es la siguiente: Jesús no actúa movido por Dios, sino por el demonio. No solamente está loco, sino poseído por el mal. Es decir, un rechazo absoluto de Jesús y su mensaje.

Jesús aparece, pues, en el texto como alguien que tiene problemas con el origen de donde procede (Nazaret) y con el judaísmo tradicional (Jerusalén). Todos piensan que está loco, o «fuera de sí». Es decir, era visto como un «raro» (el término «raro» no se refiere a patologías psíquicas, sino a ser «diferente», «autónomo»). Su abandono del hogar (¡siendo el primogénito!) es ya una locura en sí misma, su forma de vida itinerante, las «malas compañías» que frecuentaba y lo que decía y hacía no se ajustaban a «lo correcto» de entonces. Por ello, «avergonzaba» a «los suyos», ya que ponía en entredicho el «**honor familiar**» (y en aquella época el honor era un valor impagable). Y por eso quieren llevárselo «a casa», quieren que «vuelva al redil», a una vida «normal» o «estándar».

Pero también ante, por otro lado, la simpatía que despierta entre numerosos judíos, la reacción de Jerusalén, es inmediata: unos maestros de la Ley van a Galilea, en comisión oficial, para neutralizar el peligro que representa Jesús para la institución. Han llegado de Jerusalén precisamente para contrarrestar el creciente influjo de Jesús sobre el pueblo e impedir que la «casa de ellos» se les quede vacía, mientras que «la casa de Jesús» se llena. Se proponen, pues, desacreditarlo y

comienzan una campaña de difamación con un juicio teológico: Jesús no es un loco irresponsable (como dicen «*los suyos*»), sino un enemigo de Dios, un poseído por el demonio, por lo tanto es un impuro, aborrecible para Dios, por lo que su actividad también está dirigida por las fuerzas del mal; es un enemigo de Dios porque niega la validez de la doctrina y las instituciones tradicionales, que, según la teología oficial, tenían su origen en Dios mismo. Además, su actividad la realiza con el poder del jefe de los demonios, es decir, de Satanás. En otras palabras: lo acusan de magia (hacer cosas extraordinarias con un poder diabólico), condenada con la muerte.

Jesús los convoca para mostrarles la contradicción de sus afirmaciones. La forma misma de la pregunta de Jesús manifiesta lo absurdo de la acusación: «*¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás?*» Si Satanás es el mal, el símbolo del poder que postra y esclaviza al hombre, por esencia no quiere liberarlo, porque lo que busca es precisamente postrarlo. Les hace ver la contradicción y lo absurdo de sus afirmaciones con dos ejemplos sencillos. Es un sinsentido lo que argumentan.

Entonces es cuando les dice: «*pero quien insulte al Espíritu Santo no tiene perdón jamás; no, es reo de una ofensa definitiva*». Hay una sola ofensa que no tiene posibilidad de perdón: el insulto al Espíritu Santo, que Marcos identifica inmediatamente con la afirmación de los letrados de que Jesús estaba poseído por un espíritu inmundo. La oposición entre «*Santo*» e «*inmundo*» es clara. El Espíritu Santo es el Espíritu de Dios, el que mueve a actuar por amor, como Dios mismo; el espíritu inmundo es aborrecible para Dios, porque impulsa al odio y a actuar en contra del hombre. Quien se atreve a decir que el espíritu que mueve a Jesús es un espíritu inmundo insulta al Espíritu de Dios. El insulto al Espíritu implica negar la evidencia de los hechos. No es un pecado ocasional provocado por una circunstancia pasajera, sino una actitud refleja y corrompida: la del que, conociendo la verdad, no quiere reconocerla. Es la definición de la mala fe. Es declarar que es contrario a Dios liberar al hombre de su postración es insultar al Espíritu Santo. Esto solo lo podrán hacer quienes oprimen a los demás utilizando para ello el nombre de Dios. Los que actúan de mala fe no obtendrán nunca el perdón, porque su actitud excluye la enmienda, que es la condición indispensable. Por eso es que es imposible perdonar este pecado, porque el que lo comete no quiere ser perdonado.

Entonces, continúa el Evangelio, «*llegó su madre con sus hermanos, y, quedándose fuera, lo mandaron llamar*». Nótese que, ni la madre ni los hermanos se mencionan con nombre propio. Este anonimato los hace aparecer más como figuras representativas que como personas físicas [(como hemos dicho antes). «*Su madre*» representa el origen de Jesús, es decir, la comunidad humana donde se ha criado; «*sus hermanos*», los miembros de esa comunidad: es la hostilidad hacia Jesús de su propio ambiente. Pero Jesús responde que ser familia de él, ser de «*los suyos*», como lo son los que «*están en torno a él*», se ofrece a todos.

Para eso, Jesús menciona una condición: «*cumplir la voluntad de Dios*»; este es un acto que toca realizar a cada individuo. Dios quiere ser Padre de todos los hombres comunicándoles su propia vida, el Espíritu, y esa vida se comunica por la adhesión a Jesús. La voluntad de Dios, expresión de su amor, es, por tanto, que los hombres, vinculándose a Jesús, participen de esa vida. Por otra parte, hay que notar, la condición crea una exclusividad: Al decir: «*ése es...mi hermano, mi hermana y mi madre*» quiere decir que los que no la cumplen no pueden llamarse familiares de Jesús.